

## LA SALUD EN LA ESPAÑA MEDIEVAL

Bertha M. Gutiérrez Rodilla

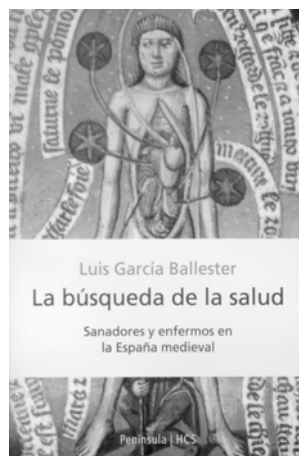
LUIS GARCÍA BALLESTER, *La búsqueda de la salud. Sanadores y enfermos en la España medieval*, Barcelona, Península, 2001, 718 pp.

«Nascen por sí, sin regarse de agua»

Por más que las rosas silvestres —nos lo recuerda el libro ante el que nos encontramos, a propósito del *Liber Servitoris* de Albucasis— nazcan «por sí, sin regarse de agua», no es ése, desde luego, el caso de la magna obra compuesta por Luis García Ballester, colofón de una serie de trabajos realizados a lo largo de toda una vida profesional dedicada al estudio de la historia de la medicina, en especial aunque no solamente, la medieval. Quien se acerque a este libro, impecable en su escritura, y decida dejarse atrapar por entre sus páginas —¡que son 718, nada menos!—, comprenderá enseguida que es el resultado de un minucioso trabajo en el que se combinan a la perfección el rastreo de datos por un sinfín de archivos y bibliotecas, el análisis juicioso de los mismos, la visión contextualizadora y erudita de quien domina el panorama de los siglos bajomedievales y el rigor y la frescura de aquél que está al tanto de las diferentes corrientes de la historiografía médica internacional. Ciertamente no es éste un producto del desierto.

Dos son, a mi juicio, las notas definitorias de este libro: situándose en un lugar privilegiado de observación, García Ballester mira hacia atrás y realiza una tarea de recopilación y de síntesis de todos los trabajos publicados —muchos, de su propia autoría— relacionados con el tema que le ocupa, a los que pasa por el tamiz de lo que él ha aprendido y reflexionado a lo largo de muchos años. Eso le permite ofrecernos una visión completa y ponderada del mundo de la medicina en el medievo castellano: la teoría y la práctica médicas, los modelos de formación de los distintos sanadores, los diferentes grupos profesionales relacionados con la salud, etc. Es, pues, una obra de carácter enciclopédico y recapitulatorio. Pero, a pesar de ello, la curiosidad intelectual de su autor le lleva a mirar, desde ese punto medio donde se ha situado, también hacia delante y abrir numerosas vías para futuras investigaciones por medio de diversas preguntas que deja en el aire y de múltiples pistas que conducen al lector a través de senderos por los que nadie ha transitado. Es, por tanto, una obra que no está cerrada, sino que ofrece infinitas posibilidades para nuevos y sugerentes proyectos de investigación de los que se convierte en punto de partida obligado.

Desde el comienzo de *La búsqueda de la salud* queda patente el interés de su autor por poner de manifiesto la desigualdad que existe en lo que a los estudios sobre esta época —mediados del siglo XII a principios del XVI— y este espacio geopolítico —la Corona de Castilla— se refiere. Algo que ha originado esa escasa presencia de Castilla en las historias de la ciencia o de la medicina, más allá de la hazaña traductora toledana, así como el convencimiento entre los españoles de la



existencia de un vacío de actividad científica hasta mediados del XVI en que el humanismo médico y científico volvieron a despertar la ciencia en nuestro país. Desigualdad que, por otra parte, se ha venido justificando por la falta de documentación conservada para el periodo medieval en Castilla. García Ballester se encarga de demostrar una y otra vez a lo largo de este libro que es preciso acabar con estos dos tópicos. Así, se detiene en comentar la existencia de un activo foco de actividad científica en el primer tercio del siglo XIII en Santiago de Compostela en el que estuvieron implicados la corte arzobispal y los recién fundados conventos de franciscanos y dominicos; el desarrollo de nuevos centros, ligados a estas mismas órdenes religiosas, a lo largo del siglo XIII por todo el territorio castellano: Toledo, Sevilla o Zamora, sitio éste donde el franciscano Juan Gil desplegó una intensa actividad intelectual que culminó con la composición de su enciclopedia del saber *Historia naturalis*; la importancia indiscutible de Sevilla como núcleo principal de Castilla durante el siglo XIV, tanto en filosofía natural como en medicina, muy en relación con la actividad llevada a cabo en su sede episcopal y en su próspera comunidad judía.

No se olvida tampoco de señalar la singularidad del Monasterio de Guadalupe (Cáceres) —estudiado ya hace tiempo por G. Beaujouan—, convertido en la segunda mitad del XV en centro de enseñanza médico-quirúrgica único y novedoso en Europa por girar en torno a la cama hospitalaria y a una botica con los elementos necesarios, librecos y técnicos, para el ensayo y aprendizaje de la confección de medicamentos. Como repasa también en la importancia del Monasterio de Prado (Valladolid), regentado por jerónimos como el de Guadalupe, donde estuvo instalado el taller de impresión de Arnao Guillén de Brocar, desde el que se introdujo en Castilla la versión castellana de libros tan importantes para los boticarios como el *Compendium Aromatariorum* de Saladino de Ascoli o el *Liber servitoris* de Albucasis. Mención especial en el sentido en que estamos hablando, merece el capítulo sexto de *La búsqueda de la salud*, dedicado por completo a la Farmacia, «La Ciencia y el oficio de la Boticaría». En él se aborda el estudio del origen del oficio de boticario y su evolución en los siglos bajomedievales, su presencia en los territorios castellanos, su organización en los medios urbano y rural, el control social de su actividad, su relación con médicos y cirujanos, la preparación y la dispensación de los medicamentos..., cuestiones todas ellas apenas o nada explotadas para este contexto geográfico concreto. Por otro lado, aun reconociendo la escasez de documentación que permita reconstruir la historia médica de la Castilla medieval —especialmente, si se compara con la riqueza documental preservada en los distintos territorios de la Corona de Aragón—, García Ballester acaba con el segundo de los tópicos porque deja claro no sólo que cuando uno busca las fuentes con ahínco, acaba encontrándolas, sino sobre todo, que los materiales hay que someterlos a un riguroso trabajo y que únicamente sabe interpretar y relacionar los datos quien dispone del conocimiento y de los instrumentos intelectuales suficientes para hacerlo; es decir, muchos de esos datos que presenta ya estaban ahí hace tiempo, pero no habíamos sabido leerlos o ni siquiera nos habíamos molestado en hacerlo. Así, por poner un ejemplo muy sencillo, con sólo leer el prólogo que Juan de Aviñón antepuso a su versión hebrea del tratado de Bernardo de Gordon, uno puede saber el año en que se concluyó la misma y corregir la fecha que Steinschneider puso en circulación, repetida después por todos los investigadores. A propósito de este segundo punto, es una lástima que al final de *La búsqueda de la salud*, no se recojan en forma de listado todos los archivos y bibliotecas visitados así como los manuscritos consultados, aunque de ellos se vaya dando noticia explícita en las notas a pie de página. Tal proceder, que nos hubiera permitido comprender de un golpe de vista la magnitud de la obra ante la que nos encontramos, facilitaría además de forma extraordinaria las investigaciones futuras. Al menos esto se ha paliado con la inclusión de un índice onomástico y de una completa bibliografía.

Un *Leitmotiv* de este libro es esa preocupación tan propia de los medievalistas por rebajar todo lo posible la discontinuidad entre los periodos convencionales Edad Media y Renacimiento, así como por mostrar una vez más que la *obscuridad* medieval tan sólo es un reflejo de nuestra falta de conocimiento. El mejor ejemplo de lo primero, creo, son las palabras que acompañan la reflexión

que, en los años centrales del siglo XVI, se hacía Andrés Laguna sobre la necesidad que tenía el médico de conocer las medicinas simples como paso imprescindible para un buen uso de las compuestas: «Andrés Laguna [...] no expresa una nueva actitud propia de un renacimiento, que permitió superar una supuesta vieja postura, plagada de errores (*depravatae*), propia de los *barbari* medievales, como tendenciosamente proclamaron algunos de los clásicos italianos del llamado «humanismo científico» del siglo XV [...] y, entre nosotros, Antonio Nebrija [...]. Laguna no hizo sino recoger la tradición bajomedieval de los tratadistas de simples y de los *antidotaria*, así como la doctrina habitual entre los médicos, donde era un lugar común la necesidad que tenía quien administraba las medicinas, de conocer los medicamentos simples para abordar los compuestos [...]» (pp. 607-608). Como ejemplos palmarios de lo segundo, entre los infinitos que pueblan *La búsqueda de la salud*, me permito señalar las que García Ballester considera las dos novedades más importantes de la medicina del sur de la Europa latina entre los siglos XII y XIV: el basar la práctica médica en la filosofía natural aristotélica —asunto éste que ocupa numerosas páginas de este libro y que su autor ya había tratado en diversas ocasiones— y el nacimiento, también en la Corona de Castilla como ocurrió en otros lugares, de una *red* de asistencia sanitaria basada en el galenismo, formada por físicos, cirujanos, barberos, boticarios..., así como de las medidas tomadas por parte de la sociedad para controlar en lo posible la calidad de la misma.

Más que la salud es la figura del sanador, en todos los aspectos en que ésta puede estudiarse y valorarse, la que protagoniza la mayoría de las páginas que componen esta obra y la que nos conduce a modo de hilo argumental a través de la misma. De este modo, se ocupa —como no podía ser de otra forma— de la procedencia religiosa de los distintos sanadores que ejercieron su actividad en los territorios de Castilla (cristianos, judíos, mudéjares) y el modelo asistencial que desarrollaron, siempre dentro del marco del galenismo, *denominador común doctrinal* a las tres culturas; sistema asistencial en el que tenía cabida una medicina para ricos y otra para pobres, pero donde existía también a lo que García Ballester se refiere como *paternalismo asistencial*, es decir, la posibilidad de que los sanadores que se ocupaban de los grandes señores lo hicieran también de las personas que estaban a su servicio. Atiende, igualmente, al sistema en el que se instruían los distintos artifices de la salud, que podía ser bien la institución universitaria o bien lo que García Ballester llama el *sistema abierto*, válido para formar, no sólo médicos, sino también cirujanos, barberos, sangradores y boticarios y único posible entre los miembros de las comunidades mudéjar y judía, —y para las mujeres—, que tenían prohibido el acceso a la universidad. Sistema abierto especialmente necesario en la Corona de Castilla, dado que la institución universitaria, además de no proveer más que unos pocos —dos o tres— licenciados por año y no todos los años, se quedó limitada a la zona septentrional —las dos antiguas universidades de los reinos de León y de Castilla, Salamanca y Valladolid—, lejanísima de los territorios del sur, de Sevilla a Murcia, densamente poblados y prósperos. Así mismo reclaman la atención del autor de este libro las medidas adoptadas por la sociedad para intentar controlar la calidad de la práctica asistencial: cómo la validación social de esa práctica venía determinada, en cualquiera de los modelos, por el éxito o fracaso de la relación entre el sanador y el enfermo, aunque era especialmente importante, por razones obvias, en el sistema abierto; de qué manera, con el andar del tiempo, la *ichaza* pasó de ser un *certificado* docente que permitía explicar un determinado libro a ser un certificado de práctica médica donde se recogía el testimonio favorable de un buen número de enfermos respecto a un determinado sanador, al que se acompañaba o no el testimonio del maestro junto al que tal sanador se hubiera formado, todo ello autenticado por un notario o persona de autoridad en la comunidad; el valor de la *ichaza*, que los sanadores del sistema abierto guardaban celosamente y llevaban consigo como si fuera un título o diploma, pues era la única prueba que respaldaba sus conocimientos y su experiencia y que los candidatos —cristianos, musulmanes o judíos— presentaban ante los tribunales examinadores de médicos convocados por la autoridad municipal o real; de qué modo los tribunales examinadores controlaron la capacidad de ejercer de médicos y cirujanos, boticarios, especieros, algebristas... y

protagonizaron algunas de las más sórdidas historias de corrupción y arbitrariedad que tuvieron lugar entonces, de las que el capítulo quinto de *La búsqueda de la salud*, se hace amplio eco. Son también objeto de reflexión y estudio para García Ballester las relaciones, difíciles desde luego, que se daban entre los distintos tipos de sanadores provenientes de un sistema u otro de formación, o de unas y otras comunidades religiosas, que competían por hacerse un hueco en el mismo espacio, así como las que se establecían entre ellos y la sociedad —corporaciones municipales, cabildos catedralicios, familias particulares—. Estas relaciones, que se irán plasmando en forma de contratos y que darán lugar al nacimiento del sistema de *iguales* —todavía presente en nuestro sistema de atención médica del siglo XXI—, fueron expresión de la nueva mentalidad comercial propia de las burguesías urbanas, que hicieron de la salud—enfermedad una mercancía cambiante por dinero hasta convertir a la medicina en fuente de riqueza para quienes la practicaban.

No podía faltar, finalmente, en una obra de este tipo, el detenerse a analizar con hondura la producción científica surgida en torno al peculiar mundo de la salud en aquellos siglos y en aquellas tierras. Análisis que se hace, como ya hemos comentado para otras cuestiones tratadas en la obra, desde todas las perspectivas desde las que puede llevarse a cabo. De esta manera, García Ballester pasa revista a los escritores, su origen —cristiano, judío o converso— y su formación, haciendo especial hincapié en la debilidad de la institución universitaria en Castilla que habría originado una escasez de producción intelectual original; lo que contrasta con la presencia importante de la producción extraacadémica. En este sentido, sin embargo, es encomiable la tarea realizada para tratar de rellenar huecos y de reconstruir lo ocurrido en los *Studia* castellano-leoneses, especialmente, en la Universidad de Salamanca. Examina, igualmente, los contenidos de las obras —el galenismo en todas sus facetas y cuál fue su evolución a lo largo de los distintos siglos medievales, la relación teoría-praxis, la fundamentación proporcionada por la filosofía natural a la práctica de la medicina, la astrología médica, el «reflujo» de la escolástica, etc.— y los géneros a los que pertenecen: recetarios y listas de simples, *sinonima*, regímenes de salud, historias clínicas, florilegios, apuntes de estudiante... Rastrea el eco que pudieron alcanzar textos y autores importantes presentes en otras latitudes, como Arnau de Vilanova por ejemplo, figura fundamental en la construcción del nuevo galenismo acaecida en la última parte del siglo XIII, proceso del que las universidades castellanas no participaron hasta el siglo XV. La producción escrita la estudia también a la luz de las lenguas, asunto de extraordinaria importancia en la época y el contexto geopolítico tratados, por haber convivido entonces lenguas clásicas como el latín, el árabe y el hebreo, vehículos privilegiados de expresión de las tres comunidades religiosas presentes en tal contexto, con el castellano, lengua vulgar que comenzaba su singladura hacia la conversión en lengua apta para la transmisión especializada. Lleva a cabo un impagable esfuerzo por mostrar toda la diversidad de géneros cultivados en romance, al que acompaña de su correspondiente justificación y sopesa la importancia de las traducciones y de las obras traducidas, tratando de buscar argumentos que expliquen las posibles ausencias o lo tardío, en ocasiones, de algunas presencias. Este estudio de la producción intelectual se completa con una mención especial al mecenazgo, cuya importancia sobre la función social de los científicos y sobre su propio discurso ha puesto de relieve la historiografía reciente. Como nos señala García Ballester, en el contexto castellano, la relación ciencia/poder se hace especialmente interesante y compleja —unión de las Coronas de Aragón y Castilla, creación y etapa inicial de la Inquisición, expulsión de los judíos, nuevas relaciones con los nobles, penetración en los círculos del poder de los médicos conversos, introducción de la imprenta, conquista de Granada, aventura atlántica—, pero es una relación, huelga decirlo, apenas explorada y que necesita que se le preste mayor atención desde esta óptica.

Como ya hemos dicho, buena parte de este libro es el resultado de la recopilación y síntesis de trabajos anteriores. Eso que, en líneas generales, es positivo tiene también algunas repercusiones negativas sobre la estructura de la obra y sobre su lectura. De un lado, se producen desequilibrios en la atención que se dispensa a unas y otras materias, autores o textos, como es —creo que éste es

## ENSAYOS

el caso más claro—, el dedicarle 18 páginas al *Kitab al-tibb al-qastali al-maluki* (*Libro de la medicina castellana regia*), sobre el que García Ballester ya había publicado un artículo; realizado con C. Vázquez de Benito, no existiendo ningún otro texto al que se le consagre ni la mitad de esas páginas en esta obra. De otro lado, se originan algunas repeticiones, no sólo de ideas —lo que puede llegar a ser hasta de agradecer—, sino de sucesos —como la acusación, por ejemplo, del boticario Antonio Baruque por parte de Juan Ruíz de Santa Cruz, que se nos cuenta en las páginas 544 y 622— y de citas textuales idénticas —compárense, por ejemplo, la incluida en las páginas 125-126 con la de la nota 117 de las páginas 266-267, o la cita textual, y la idea a la que acompaña, presentes en las páginas 622 y 640. Cuando uno acaba de leer el libro siente que hay ciertas informaciones que se le han contado más de una vez y tiene la impresión de que falta una última lectura de conjunto que le hubiera permitido al autor —pero sólo al autor— suprimir algunos párrafos y darle a su obra el apresto final que, en ocasiones, parece faltarle; lectura que, imagino, por razones que todos conocemos, no se pudo llevar a cabo. Posiblemente hayan sido esas mismas razones las que hayan conducido a los editores de Península a no mostrarse tan rígidos como lo son con otros autores que han publicado en esta misma colección (Historia, Ciencia, Sociedad), permitiendo que las referencias bibliográficas se repitan de forma completa una y otra vez en los pies de página. Si hubieran aplicado su criterio habitual —sólo apellido del autor y año de publicación—, las 718 páginas de este libro se hubieran reducido considerablemente, con lo que sería más manejable y asustaría menos su lectura.

Todo esto son minucias, sin duda, ante la calidad y la fuerza de *La búsqueda de la salud* que, ni le quitan mérito a la tarea esforzada, desinteresada —y tediosa, supongo— de Jon Arrizabalaga, a quien debemos agradecer que el libro finalmente haya podido ver la luz, ni le resta un ápice de riqueza al valioso legado que nos deja Luis García Ballester.